

Guillaume Musso

LA VIDA ES UNA NOVELA



«Un día de abril, mi hija de tres años, Carrie, desapareció mientras jugábamos las dos al escondite en mi piso de Brooklyn».

Así arranca el relato de Flora Conway, novelista de gran prestigio y aún mayor discreción. Nadie se explica cómo ha desaparecido Carrie. La puerta y las ventanas del piso estaban cerradas, las cámaras del vetusto edificio neoyorquino no han captado a ningún intruso. La investigación policial resulta infructuosa.

Mientras tanto, al otro lado del Atlántico, un escritor con el corazón hecho trizas se atrinchera en una casa destartada. Es el único que sabe la clave del misterio. Pero Flora va a desentrañarlo.

Una lectura sin parangón. En tres actos y dos golpes de efecto, Guillaume Musso nos sumerge en una historia pasmosa cuya fuerza reside en el poder de los libros y en las ansias de vivir de sus personajes.

Índice

La chica del Laberinto

1. Escondida
2. Un entramado de mentiras
3. El trigésimo sexto sótano
4. El arma de Chéjov

Un personaje de f(r)icción

5. Concordancia de tiempo
6. Una trampa en la que cae el héroe
7. Un personaje en busca de autor
8. Almine
9. El hilo de la historia
10. El imperio del dolor

A la luz del día

11. La liturgia de las horas

El tercer lado del espejo

12. Théo
13. La gloria de mi padre
14. La gloria de mi padre

La última vez que vi a Flora por Romain Ozorski

Referencias

Notas

Para Nathan

Sábado 30 de junio, 10.30 h de la mañana

Nerviosísimo. Me gustaría empezar una novela esta tarde. Llevo dos semanas preparándome. Los últimos diez días, he vivido con los personajes, en su ambiente. He estado afilando las cuatro docenas de lapiceros nuevos y me temblaba tanto la mano que me he tomado media tableta de Belladénal. ¿Lo conseguiré? [...] De momento, estoy muerto de miedo y me tonta, como siempre, dejarlo para más tarde o, directamente, dejar de escribir.

Georges SIMENON,
Cuando yo era viejo

La novelista galesa Flora Conway,
ganadora del Premio Franz Kafka
Agencia France-Press, 20 de octubre de 2009

La discretísima novelista, de treinta y nueve años, ha recibido el prestigioso galardón que todos los años aclama a un escritor por el conjunto de su obra.

Flora Conway, que padece fobia social y aborrece abiertamente las multitudes, los periodistas y los viajes, no acudió a Praga para asistir a la ceremonia, que se celebró el pasado martes por la noche en los salones del Ayuntamiento.

Su editora, Fantine de Vilatte, fue la encargada de recoger el trofeo, una estatuilla de bronce con la efigie de Franz Kafka, que lleva aparejada una dotación económica de 10 000 dólares. «Acabo de hablar con Flora por teléfono. Les da las gracias efusivamente. Este premio le hace especial ilusión, pues la obra de Kafka es para ella una fuente inagotable de admiración, reflexión e inspiración», ha declarado la señora De Vilatte.

Este premio lo otorga mediante jurado la Franz Kafka Society en colaboración con el Ayuntamiento de Praga desde 2001. Entre los galardonados figuran Philip Roth, Václav Havel, Peter Handke y Haruki Murakami.

Su primera y ambiciosa novela, *La chica del Laberinto*, publicada en 2004, situó a Conway en los primeros puestos de la escena literaria. La obra, que se ha traducido en más de veinte países y que la crítica ha aclamado como un clásico instantáneo, narra la trayectoria de varios neoyorquinos la víspera de los atentados del World Trade Center. Todos ellos se cruzan en el Laberinto, un bar de Bowery en el que la propia Conway trabajó como camarera antes de publicar la novela. A esta siguieron otros dos títulos, *El equilibrio de Nash* y *El final de los sentimientos*, que la consagraron como una de las grandes novelistas de principios del siglo XXI.

Precisamente, en su discurso de agradecimiento, Fantine de Vilatte se complació de poder anunciar el lanzamiento de una nueva novela. Esta revelación se propagó como un reguero de pólvora en el mundillo literario, pues la publicación de un nuevo Conway constituye todo un acontecimiento.

El aura de esta novelista no está exenta de misterio, dado que Conway, sin llegar a ocultar su identidad, nunca ha aparecido en televisión

ni ha participado en ningún programa de radio, y su editorial solo ha difundido una foto suya.

Con cada lanzamiento, la escritora se limita a conceder entrevistas con cuentagotas y por correo electrónico. En reiteradas ocasiones ha declarado que aspiraba a no estar sujeta a las obligaciones y la hipocresía vinculadas a la fama. En las columnas de *The Guardian* explicaba recientemente que se negaba a formar parte de un circo mediático del que abomina y añadía que escribía novelas precisamente «para huir de este mundo saturado de pantallas pero vacío de inteligencia».

Una decisión que enlaza con la postura de otros artistas contemporáneos, como Banksy, Invader, el grupo Daft Punk e incluso la novelista italiana Elena Ferrante, para quienes el anonimato es una forma de dar énfasis a la obra y no al artista. «Una vez que está publicado, mi libro se basta a sí mismo», ha afirmado Conway.

Sin duda, los observadores tenían la esperanza de que la obtención del Premio Kafka animase a la escritora a salir de su guarida neoyorquina. Por desgracia, sus expectativas se han quedado sin cumplir, una vez más.

Blandine Samson

La chica del Laberinto

1

Escondida

La historia que acontece delante de nuestras narices debería ser la más clara, y sin embargo es la más delicuescente.

Julian BARNES

1.

Brooklyn, otoño de 2010

Hace seis meses, el 12 de abril de 2010, me arrebataron a mi hija de tres años, Carrie Conway, mientras jugábamos las dos al escondite en mi piso de Williamsburg.

Era una bonita tarde, clara y soleada, como las que tan a menudo ofrece Nueva York en primavera. Fiel a mis costumbres, fui a pie a recoger a Carrie al colegio, el Montessori School de McCarren Park. De camino a casa, nos paramos en Marcello's para comprar una compota y un *cannoli* de limón que Carrie se zampó mientras brincaba alegremente al lado de la sillita.

Cuando llegamos a casa, en el portal del Lancaster Building, situado en el número 396 de Berry Street, el nuevo conserje, Trevor Fuller Jones (lo habían contratado apenas tres semanas antes), le dio a Carrie una piruleta de miel y sésamo a cambio de que le prometiera que no se la comería enseguida. Luego le dijo la suerte que tenía de que su mamá fuera novelista porque debía de contarle unas historias muy bonitas antes de dormir. Riéndome, yo le comenté que si decía algo semejante era porque no ha-

bía abierto ninguna novela mía, cosa que confirmó. «Es cierto, nunca tengo tiempo de leer, señora Conway», me aseguró. «Lo que pasa es que no le dedica tiempo a leer, Trevor, que no es lo mismo», le contesté mientras se cerraban las puertas del ascensor.

Siguiendo nuestro ritual bien establecido, aupé a Carrie para que pulsara el botón de la sexta planta, la última. El ascensor se puso en marcha con un chirrido mecánico que hacía tiempo que ya no nos asustaba a ninguna de las dos. El Lancaster es un edificio viejo de hierro colado que están acondicionando. Un palacio inverosímil con amplias ventanas enmarcadas con columnas corintias. Antiguamente servía de almacén a una fábrica de juguetes que dejó de funcionar a principios de la década de 1970. Con la desindustrialización, el edificio se pasó casi treinta años abandonado, hasta que lo reconvirtieron para uso residencial cuando se puso de moda vivir en Brooklyn.

En cuanto llegamos a casa, Carrie se quitó las botitas de baloncesto para ponerse las zapatillas rosa claro adornadas con pompones algodonosos. Me siguió hasta la cadena de música y me miró mientras colocaba un disco de vinilo en el plato (el segundo movimiento del *Concierto en sol mayor* de Ravel) al tiempo que daba palmas ante la perspectiva de la melodía que se avecinaba. Mientras yo tendía la ropa se quedó unos minutos colgando de mis faldas y luego pidió que jugáramos al escondite.

Era, con mucha diferencia, su juego favorito. El que ejercía en ella auténtica fascinación.

El primer año, para Carrie el cucú-trastrás solo consistía en taparse los ojos con las manitas dejando los dedos abiertos y ocultando la mirada a medias. Me perdía de vista unos segundos antes de que mi cara reapareciese como por arte de magia, haciéndola reír a carcajadas. Con el tiempo, acabó adquiriendo la noción de esconderse. Entonces se metía detrás de una cortina o debajo de una mesa baja. Pero siempre dejaba asomar la punta de un

pie, un codo o una pierna mal doblada que delataba su presencia. A veces incluso, si el juego se prolongaba demasiado, acababa agitando la mano hacia mí para que la encontrase rápidamente.

A medida que crecía, el ejercicio se fue haciendo más complejo. Carrie había colonizado otras habitaciones del piso, multiplicando así las posibilidades de esconderse: agachada detrás de las puertas, echa un ovillo en la bañera, sumergida bajo las sábanas o metida debajo de la cama.

Las reglas también habían cambiado. El juego se había convertido en algo muy serio.

Ahora, antes de iniciar la búsqueda, tenía que ponerme cara a la pared, cerrar los ojos y contar con claridad hasta veinte.

Y eso fue lo que hice aquella tarde del 12 de abril, mientras el sol brillaba detrás de los rascacielos, inundando el piso con una luz cálida y casi irreal.

—¡No hagas trampas, mami! —me regañó Carrie a pesar de que yo estaba siguiendo al pie de la letra el ritual.

En mi dormitorio, tapándome los ojos con las manos, empecé a contar en voz alta, ni muy deprisa ni muy despacio.

—Uno, dos, tres, cuatro, cinco...

Recuerdo perfectamente el sonido amortiguado de sus pasitos en el parqué. Carrie salió del dormitorio. La oí cruzar el salón, empujar el sillón Eames que lo presidía delante de la inmensa pared de cristal.

—... seis, siete, ocho, nueve, diez...

Se estaba bien. Yo tenía la mente dispersa, de aquí para allá, siguiendo las notas cristalinas que me llegaban desde el salón. Mi pasaje preferido del *adagio*. El diálogo entre el corno inglés y el piano.

—... once, doce, trece, catorce, quince...

Una prolongada frase musical, de notas perladas, que fluía sin fin y que algunos han comparado bellamente con

una lluvia tibia, regular y serena.

–... dieciséis, diecisiete, dieciocho, diecinueve y veinte.
Abre los ojos.

2.

Abrí los ojos y salí del dormitorio.

–¡Cuidado, cuidado! ¡Que llega mami!

Interpreté mi papel. Entre risas, desplegué todo el repertorio que mi hija esperaba de mí. Recorrí las habitaciones comentando jocosamente cada tentativa:

–Carrie no está debajo de los cojines... Carrie no está detrás del sofá...

Los psiquiatras sostienen que jugar al escondite tiene un interés pedagógico: es un medio para que el niño viva la separación de forma positiva. Al ensayar ese distanciamiento temporal y ficticio, el niño, supuestamente, experimenta lo sólido que es el vínculo que lo une a sus padres. Para que se produzcan estos efectos, el juego se tiene que desarrollar como una auténtica dramaturgia y ofrecer en un breve lapso un amplio abanico de emociones: excitación, espera y una pizca de miedo antes de que llegue la alegría del reencuentro.

Para que todas esas emociones se expandan, hay que prolongar un poco el placer y no destripar la intriga demasiado pronto. Por supuesto, muchas veces yo ya sabía dónde se había escondido Carrie incluso antes de abrir los ojos. Pero esta vez no. Y al cabo de dos o tres minutos algo teatrales, decidí dejar de fingir y me puse a buscarla. En serio.

Aunque el piso es muy amplio (una especie de cubo de vidrio enorme de doscientos metros cuadrados en la esquina oeste del edificio), los escondites potenciales no son ilimitados. Lo había comprado unos meses antes, invirtiendo en él todo lo que había ganado con mis derechos de autor. El proyecto inmobiliario de renovación del

Lancaster había tenido una estupenda acogida y, aunque aún faltaba mucho para que finalizaran las obras, la vivienda que yo tenía en el punto de mira era ya la única que quedaba en venta. Me había encaprichado con ese lugar desde la primera visita y, para hacerme con él y mudarme lo antes posible, accedí a pagarle al promotor una cantidad bajo cuerda. Una vez *in situ*, mandé tirar todos los tabiques que fuera posible para transformar el piso en un *loft* con una tarima rubia como la miel y un mobiliario y una decoración minimalistas. La última vez que jugamos, Carrie había sabido encontrar escondites elaborados: la muy pillina se había metido detrás de la secadora y dentro del escobero.

Con paciencia, aunque un poco irritada, seguí buscándola por todos los rincones y recovecos, detrás de cada mueble. Y vuelta a empezar. Con las prisas, me tropecé con la consola de roble donde están colocados los vinilos y el tocadiscos. Por culpa del golpe, el brazo del plato saltó del surco y puso fin a la música, dejando la habitación sumida en el silencio.

Fue en ese momento cuando se me formó un nudo en el hueco del estómago.

—Vale, cariño, has ganado. ¡Ahora sal de tu escondite!

Fui corriendo al vestíbulo para comprobar la entrada. La puerta blindada estaba cerrada con doble vuelta. La llave estaba metida en el cerrojo de arriba, en un manajo, fuera del alcance de cualquier niño.

—¡Carrie! ¡Te he dicho que salgas del escondite, has ganado!

Haciendo acopio de toda la sensatez de la que era capaz, traté de contener las oleadas de pánico que amenazaban con desbordarse. Carrie tenía que estar necesariamente dentro de la casa. La presencia de la llave en la puerta, bloqueando el bombillo, impedía que alguien pudiera abrir desde fuera, aunque tuviera una copia. Y las ventanas, desde que se había remozado el edificio, esta-

ban selladas definitivamente. Carrie no solo no podía haber salido de la casa, sino que nadie podía haber entrado.

—¡Carrie, dime dónde estás!

Yo estaba sin aliento, como si acabara de cruzar medio Central Park corriendo. Por mucho que abriera la boca para respirar, el aire no me llegaba a los pulmones. Era imposible. No se puede desaparecer jugando al escondite en un piso. Es un juego que siempre acaba bien. La desaparición es una puesta en escena simbólica y temporal. No puede ser de otro modo. Forma parte de la propia esencia del concepto: solo aceptas jugar porque tienes la certeza de encontrar al otro.

—¡Carrie, ya está bien! ¡A mami no le hace gracia!

A mami no solo no le hacía gracia, sino que la estaba asustando mucho. Por tercera o cuarta vez comprobé todos los escondites habituales y luego me puse con los menos probables: el cesto de la ropa sucia, el conducto de la chimenea (que llevaba lustros tapado). Moví la pesada nevera, incluso corté la luz para desbloquear y abrir la caja del falso techo que albergaba los conductos de la climatización.

—¡CARRIE!

El grito retumbó por todo el piso e hizo vibrar los cristales. Fuera, el sol había desaparecido. Hacía frío. Como si el invierno hubiese irrumpido sin avisar.

Me quedé paralizada un momento, sudando, con la cara surcada de lágrimas. Y al recobrar los sentidos, fue cuando vi una de las zapatillas de Carrie en el pasillo de la entrada. Recogí el zapatito de terciopelo rosa claro. Era el del pie izquierdo. Busqué la otra zapatilla, pero también parecía haber desaparecido.

Fue entonces cuando decidí llamar a la policía.

3.